

sonas en la iglesia. ¡Cosa deplorable! veo llenas las calles, llenas las plazas, llenos los cafés, llenos los teatros de gente ociosa y desocupada, y las iglesias abandonadas, solitarias, desiertas. ¡Qué ingratitud al amor de Jesucristo presente en el altar! Él se sacrifica por vosotros á su divino Padre, le presenta por vosotros sus obsequios, le ofrece sus satisfacciones para pagar vuestras deudas, le dirige sus súplicas para el alivio de vuestras necesidades; y vosotros ni siquiera os tomáis la molestia de venir á presenciarlo. Si viene un extranjero enseñando un animalucho; si se presenta una cantatriz trinando coplas acompañadas de un mal violin; si llega un saltimbanquis haciendo cabriolas sobre una cuerda, allá vais, allá correis, allá asistís no solo con la persona, sino tambien con el dinero: y cuando en la misa se representa el mas tierno y santo de nuestros misterios, no hay quien vaya, no hay quien asista... Esto es afrentoso, hijos míos, y los colores salen á la cara solo con decirlo.

En consecuencia os suplico, que siempre que la asistencia á la misa sea conciliable con vuestras obligaciones, no dejéis de oirla. Esta práctica os será provechosa en vida, saludable en la muerte y premiada en la eternidad. Amen.

PLÁTICA XI.

TERCER MANDAMIENTO.—EL PRECEPTO ECLESIASTICO DE OIR MISA.

Memento, ut diem sabbati sanctifices. (*Exod. xx, 8*).

Os decia en la pasada instruccion, que entre las varias obras de piedad que pueden contribuir á la santificacion de la fiesta, la Iglesia, dejando todas las otras á vuestra prudencia y devocion, ha pasado á mandaros una que no podeis omitir sin pecado; y esta es la asistencia al santo sacrificio de la misa. Esta obra, como veis, no es ardua, no es costosa, no es difícil en su ejecucion, pues que ordinariamente se despacha en media hora: y sin embargo ¡quién lo creyera! tan fácil y hacedera como es, todavía son muy pocos los que la cumplen en la debida forma. Unos dejan de asistir á la misa por cualquier motivo ó pretexto, aunque sea el mas frívolo: otros asisten maquinalmente, y sin el recogimiento interior esencialmente necesario para bien oirla: otros la oyen haciendo mil indecencias y calaveradas, como personas que estén destituidas de crianza al igual que de religion.

Y cuidado que no exagere las cosas. Entrad en nuestros templos al tiempo de celebrarse los divinos oficios, ¿qué veis? ¡Ay de mí! Unos rien, charlan, vuelven la vista por acá y por allá, buscando un pasto á la vanidad, y quizás el ídolo infame de su impura pasion: otros, sin hacer distincion alguna entre un acto tan santo y una representacion teatral, están allí por pura ceremonia y formalidad, haciendo el oficio de mirones, sin ninguna atencion del entendimiento y sin ningun afecto del corazon: otros, como si lo que se hace en el

altar no valiese la pena de presenciarlo, se echan ó á dormir, ó á mirar quién va y quién viene, ó á discurrir sobre bagatelas y sobre cosas las mas indiferentes. Esto es triste, hijos míos; pues nos hace conocer hasta qué punto de relajacion se ha llegado, y el escarnio que se hace de los preceptos de nuestra santa Religion. Que se dejen de cumplir aquellos preceptos que exigen un gran sacrificio, lo comprendo; pero que se deje sin cumplimiento un precepto tan fácil como el de oír misa, no sé cómo explicármelo.

A fin, pues, de que vosotros asistais á la santa misa con devocion y provecho de vuestras almas, voy á explicaros las tres cosas necesarias para cumplir el precepto eclesiástico sobre la misa, que son: *presencia corporal, atencion del entendimiento y aplicacion del corazon.*

El precepto eclesiástico de oír la santa misa en las fiestas es tan terminante, expreso y riguroso, que no habiendo causa legítima que os dispense, estais obligados á cumplirlo bajo pena de pecado mortal. La única causa legítima que puede excusaros de asistir á la misa es, como hablan las escuelas, la impotencia física ó moral. Está en impotencia física el que de ningun modo puede trasladarse á la iglesia, como el enfermo, el detenido, el encarcelado: está en impotencia moral el que no puede ir á la iglesia sin exponerse á sufrir un grave perjuicio ó en la vida, ó en el honor, ó en los intereses; y tambien el que no puede verificarlo sin aventurarse á grandes incomodidades y molestias, como son las personas de ciertos lugares de la campiña, las cuales á veces tendrian que ir á la iglesia bajo una estacion destemplada de frios, nieves y lluvias, y por caminos largos, peligrosos é impracticables.

A esta impotencia moral se pueden añadir otros títulos de piedad, de obligacion, de oficio, los cuales pueden ser causa legítima para no asistir á la misa, siempre que con ella sean verdaderamente inconciliables. Así el que cuida de un enfermo que peligra y no tiene otra persona que le releve; la madre que no puede abandonar sin manifiesto peligro al hijo tierno y delicado; el médico que ha de acudir á un caso urgente y que no admite dilaciones, pueden dejar de oír misa sin faltar al precepto de la Iglesia; el primero por título de caridad, la segunda por título de obligacion, el tercero por título de oficio. Y la razon es, porque el cumplimiento de la caridad, de la obligacion, del oficio es de derecho divino y natural; al paso que el cumplimiento de la misa es de derecho puramente eclesiástico. De consiguiente, siempre que por necesidad se haya de omitir ó lo uno ó lo otro, el derecho eclesiástico debe ceder al derecho natural y divino; y entonces cesa la obligacion de oír la misa, porque se está en una verdadera impotencia moral.

Cuidado empero, hijos míos, en no ensanchar demasiado esta doctrina, fingiendo imposibilidades donde verdaderamente no las hay; suponiendo como un caso imposible lo que no es mas que un caso de negligencia, de pereza ó de poca voluntad. Os hago esta advertencia, porque me consta que muchos reputais como imposible cualquier cosa que os traiga un poco de molestia ó incomodidad. Yo, dice una señora, hoy me he quedado sin misa, porque no me ha sido posible oírla.—¿Y por qué, señora, le ha sido imposible?—¡Oh! hacia un aire tan frio, que no me atreví á salir de casa.—¡Cuidado! ¿Temia V. quedar cristalizada en medio de la calle?... Con un poco menos melindrosa que V. fuese, estaba quitado el imposible. Yo, dice un señor, hoy me he jugado la misa,

porque ni siquiera me ha sido posible pensar en ella.—¿Y por qué?—He tenido que despachar un negocio que me ha ocupado toda la mañana.—Hombre de Dios, ¿y esto le ha servido de obstáculo? Con solo madrugar un poco mas, ó con solo aplazar el negocio para otro dia, quedaba soltada toda la dificultad. Yo, dice un hombre de tráfico, apenas puedo oír una docena de misas en todo el año; porque cabalmente los dias festivos son los que tengo mas ocupados.—¿Y por esto habeis de decir que no podeis? Dejad las ocupaciones terrenas, como os lo manda Dios; y no solo podréis oír una docena de misas cada año, sino dos ó tres cada domingo.

No son mas sólidas, hijos míos, las razones que muchos alegais para eximiros del precepto eclesiástico de asistir á la misa; como, por ejemplo, cuando decís, que habeis tenido mucha ocupacion en casa; que habeis ido de viaje, etc.—¡Qué ocupaciones ni qué viajes! el primer viaje ha de ser á la iglesia; la primera ocupacion oír misa: siempre que por motivos tan frívolos dejais de oírla, no cometeis menos que un pecado mortal. Y advertid, que lo cometeis tambien siempre que la perdeis por negligencia, aunque no tengais ánimo de perderla. Esto sucede con harta frecuencia: toda la mañana se pasa en negocios y ocupaciones del mundo, difiriendo el oír la misa; y tanto se difiere y retarda, que al último ya no hay oportunidad para oírla. En este caso ¿se os puede excusar de pecado? No: porque el no poderla oír, es efecto de vuestra culpable dilacion y de haberos expuesto al peligro de perderla.

La misa debe oírse entera, y no basta asistir á una sola parte; á lo menos debe oírse desde el primer evangelio hasta el fin de ella, ó desde el principio de la misa hasta la comunión del sacerdote inclusive. Y os advierto, que la misa

entera en el modo explicado debe oírse de un mismo sacerdote; de manera que no cumpliria el precepto quien oyese diversas partes de diferentes sacerdotes, aunque fuesen tales que formasen toda una misa; porque estas partes separadas no pueden constituir un sacrificio entero.

Hasta aquí, fieles míos, hemos explicado la primera condicion para cumplir con el precepto de la misa, que es la presencia del cuerpo: pasemos ahora á la segunda, que es la atención del espíritu. La presencia al divino sacrificio no debe ser puramente material, sino atenta, religiosa y pia. ¿Qué pensais intenta la Iglesia obligándoos á asistir al divino sacrificio? ¿Pensais intenta que os esteis firmes como estatuas delante de un altar, para mirar al sacerdote celebrante, oír el sonido de las palabras que profiere, doblar de cuando en cuando las rodillas, heriros el pecho, hacer algunas evoluciones, como soldados puestos en parada; y luego salir de la iglesia sin ningun buen sentimiento, y los mismos que entrásteis? Así lo creen muchos cristianos poco enterados de la religion que profesan; y son aquellos que mirando la misa como una pura carga de los dias festivos, recibirian por gran favor el ser dispensados de la asistencia; aquellos que teniendo por mal empleado el tiempo que gastan en la misa, prefieren la que está ya comenzada, ó la que saben será mas corta; aquellos, en fin, que sintiendo una impaciencia interior mientras la misa no se acaba, están enteramente distraidos y sin formar un solo pensamiento bueno. Y sin embargo ¿lo creeríais? estos cristianos se figuran haber cumplido el precepto divinamente, solo por la presencia material con que han asistido al divino sacrificio.

Pero desengañarse, fieles: la asistencia que la Iglesia os prescribe, no es una asistencia cualquiera; sino una asisten-

cia devota, interior, espiritual; una asistencia que sea un verdadero acto de religion que honre á Dios y os una con él. Para cumplir con esto, debeis asistir al santo sacrificio con tal atencion de entendimiento, que excluya toda distraccion voluntaria, rechace todo pensamiento impertinente, y os tenga el espíritu recogido en Dios: y no tengais ninguna duda, de que no cumplen el precepto de la misa los que pasan una parte notable de ella ó durmiendo, ó charlando, ú observando quién entra y quién sale, ó dejando correr el pensamiento en cosas extrañas al sacrificio que se ofrece.

El mejor modo de ocupar el entendimiento mientras la misa se celebra, es meditar la pasion de Jesucristo, de la cual, como ya sabeis, el divino sacrificio es una memoria y una renovacion. No diré que esto sea absolutamente necesario; pero sí diré, que es de absoluta necesidad el que os ocupéis en pensamientos santos y piadosos: pudiendo aseguraros, que no cumplís el precepto, si mostrándoos exteriormente recogidos, estais como máquinas paradas, sin procurar concebir interiormente un buen pensamiento de piedad.

No se me oculta lo que sobre esto podeis decirme; y es, que en poniéndoos á oír la misa, os embiste un enjambre de pensamientos que os incomodan y os distraen.— Mas ¿cómo quereis que no suceda así, si venís á la iglesia sin la menor preparacion; si estais charlando hasta la última señal de la campana, entrando precipitadamente con la cabeza llena de distracciones? ¿No seria una especie de milagro, si despues no fuéseis acometidos de ideas impertinentes y estrambóticas? Recogeos un poco en vosotros mismos antes de comenzar la santa misa; avivad la fe sobre el gran misterio que vais á presenciar; figuraos que vais á ser espectadores de la pasion de Jesucristo que se renueva místicamente sobre los

altares; y os aseguro que esta viva y conmovente mirada de fe será bastante para fijar vuestro entendimiento y lograr la atencion que soleis echar de menos.

Ahora quiero añadir, que no debeis contentaros con la sola atencion del entendimiento; sino que debeis procurar excitar tambien los afectos del corazon. Mientras oís la santa misa, conviene os imagineis que estais sobre el Calvario, presenciando los tormentos, las agonías, la muerte del Redentor, que padece, agoniza y muere por vosotros. ¡Ay amados míos! si vosotros instruidos de este gran misterio, os hubiéseis hallado presentes á aquella sangrienta tragedia, ¿cuáles hubieran sido los sentimientos de vuestro corazon? ¿no hubiérais herido vuestro pecho, á imitacion de los judíos que, enternecidos de aquel espectáculo, *revertebantur percutientes pectora sua*? ¿no hubiérais detestado vuestras culpas, diciendo á Jesucristo como el buen ladron: *Memento mei, dum veneris in regnum tuum*? ¿no hubiérais exaltado la divinidad de Jesucristo, exclamando con el Centurion: *Verè Filius Dei erat iste*? ¿no hubiérais llorado de compasion y amor, como la Madre de Jesús y las piadosas mujeres que la acompañaban? Pues estos mismos, amados míos, conviene que sean vuestros sentimientos al oír la santa misa; puesto que ella es una memoria, una representacion, una continuacion del sacrificio del Calvario.

No me digais que no sabeis cómo hacerlo; porque para esto no se os pide nada que sea superior á vuestra capacidad. Al comenzar el santo sacrificio, bien sabréis ofrecerlo por aquellos cuatro fines por los cuales fue instituido, que son: reconocer la soberana grandeza de Dios; aplacar su justicia; corresponder á sus beneficios, y alcanzar las gracias espirituales y temporales convenientes. Al llegar á la consagracion,

que es la parte mas esencial de la misa, bien sabréis concebir que entonces se abren los cielos; que Jesucristo en persona se hace presente bajo los accidentes del pan y del vino, y que está en la hostia y cáliz, consagrados por el sacerdote, rodeado de millares de Ángeles que le adoran, le alaban y le bendicen; y de consiguiente bien sabréis tambien uniros al bienaventurado coro de espíritus celestiales, y junto con ellos ofrecerle los debidos obsequios de adoracion, alabanzas y bendiciones. Antes de la comunion del sacerdote bien sabréis dar una mirada á las varias necesidades que os rodean, y pedir á Dios, por los méritos de Jesucristo, las gracias oportunas para vosotros y vuestros prójimos. Esta es una práctica que no es superior á la capacidad de las personas mas ignorantes, y que no obstante es un método excelente de oír misa. Adoptadla, hijos míos, y veréis cuántas bendiciones os trae en la tierra, y cuántos premios en el cielo. Amen.

PLATICA XII.

TERCER MANDAMIENTO.—UNA CUESTION SOBRE LA SANTIFICACION DE LAS FIESTAS.

Memento, ut diem sabbati sanctifices. (*Exod.* xx, 8).

Vista la obligacion que hay de oír la santa misa en los dias festivos; visto el modo con que debe oírse para cumplir el precepto; solo nos falta ver si esta accion sola basta para la santificacion de la fiesta, tal como la manda el tercer precepto del Decálogo. Que la misa es necesaria para santificarla, está fuera de cuestion, y no hay quien dude de ello: pero no

es cierto que toda la obligacion se reduzca á la sola misa; por manera que oída esta, se pueda sin temor de conciencia prescindir de todo acto religioso en lo restante del dia. Sé que algunos teólogos y moralistas no exigen mas; pero tambien sé que otros opinan muy diversamente.

En esta division de sentencias ¿á cuál deberé yo arrimarme? ¿cuál de las dos deberé preferir? Yo estoy muy léjos de querer estrechar el camino del cielo, de querer angustiar las conciencias y multiplicar los pecados; pero no quisiera tampoco disminuir en nada el honor debido á Dios, ni perjudicar un ápice la causa de la Religion, ni causar el menor daño á los intereses de vuestras almas. Por esto soy de parecer, que todo cristiano, solícito de la propia salvacion, debe atenderse á la opinion que dice, que la sola misa no basta para la santificacion de la fiesta: no ya porque esta opinion es la mas segura, como cualquiera ve; sino porque es la mas bien cimentada. Os haré sobre este punto mis reflexiones, dejando á vosotros mismos el juicio y la decision.

Muchos cristianos hay que, confundiendo el precepto natural y divino de santificar las fiestas con el precepto positivo y eclesiástico de oír misa entera en todas ellas, se persuaden que, observando este, se cumple suficientemente con aquel; es decir, que oída una misa entera, ya no queda mas que hacer en todo lo restante del dia. No faltan autores clásicos que sostienen esta misma opinion, como ya llevo dicho; pero, á decir verdad, á mí me parece poco conforme al espíritu y á la letra del tercer precepto del Decálogo, así como al sentir de la Iglesia.

¿Qué nos dice Dios en el tercer mandamiento? *Memento,*